

ARTE SIMPLE, ensayos de *Cipriano Santiago Vitureira*.—Editorial Nueva América.

He recibido, desde Montevideo, este libro del inquieto y viril escritor Cipriano Santiago Vitureira. «Arte simple», como su título indica, es un libro dedicado substancialmente a la averiguación de los pormenores estéticos, espirituales y sociales del arte.

¿Qué valores se pone el escritor ante sí mismo para lanzarse a su empresa? Aquéllos que mayor afinidad tienen con su sensibilidad. Como es lógico, prefiere los de su propio país, tan saturado—y cargado—de frutos óptimos en el gran arte de la emoción sigilosa del hallazgo estético. El escritor, para no ser insincero consigo mismo, hoy más que nunca, tiene que cobijarse en una simplicidad, que si a primera vista parece común e insuficiente, es tal vez la más pura y difícil armonía del alma. Esa simplicidad, que es feliz y advertida claridad, es la que vierte Cipriano Santiago Vitureira a lo largo y a lo ancho de los distintos recorridos que hace con su carga de miel y sus pedazos de azul en las manos y en los ojos.

El libro contiene once ensayos, ocho de los cuales estudian los siguientes temas básicos de la vida intelectual y artística del Uruguay: «Emoción de Barradas», «Bosque sin horas», «Bernabé Michelena y la claridad solitaria», «La religiosidad de María Eugenia Vaz Ferreira», «El arte constructivo y Joaquín Torres García», «Justino Zavala Muniz», «Pedro Figari y lo autóctono» y «Los paisajes cósmicos de Cúneo». En la segunda parte presenta tres ensayos estético-filosóficos: «Lirismo y naturaleza», «Arte y lucha» y «Silencio y profecía».

El epígrafe de su libro parece ser el alma que lo guía a través de los dédalos del pensamiento ajeno. Es un bello pensamiento del notable pensador e historiador del arte, Elie Faure:

«No mata el aprender, sino el no sentir aquello que se aprende. En quien siempre investiga, la inocencia es inmortal».

Comienza el libro con un viaje por el arte de Barradas. En este viaje, como en los demás que emprende, parece que su divisa es «destacar en cada obra—podríamos agregar que en cada individualidad—el módulo fundamental, tratando de alcanzar y extender un clima amoroso que conocemos mucho». Quizás suene así, termina, «el momento espiritual preciso para despertar la sensibilidad aletargada».

Lo que busca Vitureira, pues, es sensibilidad ante todo. Por la sensibilidad se va derechamente al nudo de los modos de un artista. Pero un artista, que casi siempre no es él mismo, sino lo que de él resuelve hacer el arte, tiene además terribles complejos, que algunas veces participan del cielo y otras están bajo las constantes tensiones de lo demoníaco. Es de esa simultaneidad—de su potente fusión—de donde se crea el gran poder que permite al artista sobrevivir a sí mismo, mientras el arte lo devora. Barradas, acaso, fué un tipo de ese género de artista, porque su arte lo devora. Barradas, acaso, fué un tipo de ese género de artista, porque su arte, tan claro y escondido a la vez, denuncia que el espíritu que le dió vida casi no sabía crear sino frente a todos los vientos de tan calcinadas encrucijadas.

Como contraste tenemos el arte de Jules Supervielle. ¿Qué mundos busca el gran poeta uruguayo-francés? Habría que respirar su propio y fugitivo clima para alcanzarle en todas sus melodías. Vitureira lo sabe también, porque, a medida que se aproxima a sus valores esenciales, se refugia en mayor necesidad de silencio. Supervielle, en el deleite de la lírica moderna, no es ya una voz ni todos los procesos que pueden preceder a su tiempo, sino la energía viva de adentro que, a fuerza de crecer espiritualmente, parece no tener ya otra necesidad que la simple libertad de la belleza pura.

En ese mismo trance encuentra Vitureira valores y sentidos a cada una de las figuras que se propone por tema. Va y viene

frente y al lado de ellas y, como hombre cabalmente dotado para el dominio del contraste, no deja de entrever uno solo de los contrasentidos que circundan el corazón humano. Es así como, poco a poco, desglosa ante nuestra avidez de belleza el camino real y los recodos que el viaje apresurado de la vida ha ido creando en cada artista. Esto le permite, por otra parte, llegar sin premuras al espíritu del arte de todos los tiempos, porque es de tan fina y recia hermandad de donde, al final, han de sentirse prendidos todos los hombres.

«Arte simple», con ser un libro de circunstancias, contiene ricas emanaciones de la voluntad viril y ansiosa del nuevo Uruguay. Unas veces es el paisaje vernáculo que se desdobra ante nuestra avidez como un pañuelo para cerciorarnos del empuje material de esta América que buscamos, y casi al instante siguiente es toda la humazón de los campos de adentro, que parece denunciar que «alguien» está quemando malezas a fin de preparar las nuevas siembras.

Vitureira, si no tuviera ya un vital repertorio de artista gozosamente ungido para el canto, se revelaría ahora como un valor definido que viene a proclamar algo fundamental para América. Yo sé que en su alma arden llamas poderosas que el tiempo y su voluntad despierta han de avivar para un designio magnífico del continente. El, como muchos, sabe que la vida es creación y que sólo el hombre que se ha decidido a vivir heroicamente es el que llega, tarde o temprano, a la emancipación integral de sí mismo. Esa emancipación tiene un nombre eterno: el espíritu. Dentro de él es posible la belleza, la vida sin dogmas y el temblor de la libertad. Conforme realiza las etapas, comprende que sin justicia no existe nada auténticamente humano que pueda denominarse cultura. Es por el hombre como el hombre tendrá que redimirse. Y el hombre cabal será aquél que ahonde su propio ser hasta llevarle al símbolo del hombre-artista.

Muchas formas persigue la criatura actual para evadirse de la triste presión en que lo ha metido la falsa civilización que

nos rige. Esa búsqueda se ha de simplificar por el milagro del amor universal. Ese amor es el sentido profundo de todo arte auténtico, porque a medida que toma un aliento en lo más puro del hombre, éste y la vida se identifican para fines gloriosos.

Vitureira se ha propuesto tan huidiza síntesis del hombre-artista. Hay que creer en esa clase extraña de heroísmo. Sin almas capaces de darse en la plenitud del verdadero sufrimiento, poco podría esperar el mundo para un futuro más claro. El hombre-artista, por eso, se presenta nuevamente, como en las grandes épocas clásicas, en función del más alto ideal; es la meta que excita el ardor y los misterios del entusiasmo a objeto de que la vida no pierda ninguna de sus prerrogativas.

En América esa síntesis es necesidad fundamental. Por su propio camino, pueden venir la armonía interior y el empuje inagotable que hace de la vida una creación. Sin crear no surgirá la integridad, que es simultáneamente el poder primordial de la propia vida y un ansia muy humana de posesionarse simplemente del destino.

Sin duda bajo tan esclarecida intuición dice el propio Vitureira en el ensayo acerca de Torres García: «Así simple, así escueta, así armonizada en la base será la vida futura. Cada cosa en su verdad simple. Y con humildad y con pobreza y con serenidad y con fe rara y total».

«Arte simple» es un libro bello y viril que trae el agua pura de un corazón capaz de dignificar la vida.—RICARDO TUDELA.

En Mendoza, 1937.